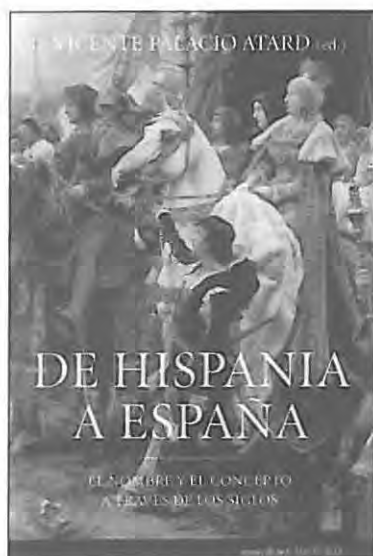


## Una España a la vez unitaria y plural

Manuel Revuelta González



PALACIO ATARD, V. (ed.),  
***De Hispania a España. El nombre y el concepto a través de los siglos.***  
 Colegio Libre de Eméritos, Madrid 2005,  
 350 págs.

Recoge este libro diecinueve conferencias impartidas el año pasado en la Real Academia de la Historia. El resultado ha sido un libro sabio y ameno, como podía esperarse de su organizador, don Vicente Palacio, maestro de historiadores, y de la categoría intelectual de los conferenciantes, académicos en su mayoría y especialistas todos en el tema asignado. Las formas de exposición son diferentes. Algunos autores han escogido el estilo vulgarizador, sin notas o con

escaso aparato crítico; otros han ofrecido síntesis muy elaboradas sobre una bibliografía abundante, y algunos han brindado las novedades de sus investigaciones sin menoscabo de la amenidad expositiva. Estas variedades no han impedido la unidad del conjunto.

El eje de la obra es el nombre y concepto de España. Lo que los griegos llamaron Iberia, equivalía a lo que los romanos llamaron Hispania, variante del nombre fenicio *Isfanim*, que significaría la gran isla del norte o de los metales. Era una referencia geográfica adecuada para los navegantes y comerciantes fenicios que hace tres mil años llegaban hasta las costas mediterráneas meridionales.

Casi dos mil años más tarde los musulmanes, que también procedían del oriente y del sur, dieron a aquellas mismas tierras el nombre de Al Andalus, que hacía referencia a la gran isla o continente de los Atlantes, por hallarse situada al extremo del «Magreb» o tierra de occidente. El nombre árabe juntaba la referencia geográfica con el mito griego y la bendición religiosa, pues se atribuía a Mahoma un dicho o «hadiz», en el que anunciaba la conquista del lejano occidente. Como se ve, los nombres de España se prestan a interpretaciones eruditas.

Pero lo importante de cualquier nombre es su concepto o significado. El concepto de España no se limita a la designación geográfica de la Península, ni se reduce a las equivalencias que puede tener, en determinados momentos, con

reino, nación, estado, monarquía o corona. España designa una realidad más profunda y permanente, acuñada por unos rasgos etnográficos, culturales, históricos y políticos. No se trata de un concepto esencialista, a la manera de un carácter indeleble. Se trata más bien de una realidad forjada en el crisol de la historia, que ofrece un sustrato común y una base de identidad a unos pueblos que se han sentido unidos en un mismo destino. España se ha ido haciendo en un proceso histórico dinámico, sometido a las modulaciones y retos de los tiempos. Toda la historia de España aparece atravesada por una línea continua, que se debilita o refuerza en momentos determinados, mientras se acomoda a claves o instituciones diferentes. Esta complejidad ha quedado muy bien conseguida en este libro, en el que aparece un concepto de España unitario y plural al mismo tiempo.

Ante la imposibilidad de resumir todos los capítulos, bastará con indicar su línea argumental. El punto de partida es una huella romana tan fuerte que hizo imborrable el nombre de Hispania (J. M. Blázquez) y una cristiandad hispanogoda que llegó a formar un estado (L. A. García Moreno). La invasión musulmana rompió aquella unidad, que los musulmanes pretendieron reanudar desde su fe islámica (J. Vallvé), mientras los mozárabes y los cristianos del norte procuraban recuperarla ante la conciencia de la «pérdida de España» (L. Suárez).

En los núcleos cristianos de la edad media hay un sentimiento de identidad y unidad hispánica (E. Benito Ruano), que se percibe ya en la inserción de los «hispanos» precatalanes de las marcas francesas (S. Claramunt), en la política del «rey ibérico» Sancho el Mayor de Navarra (A. J. Martín Duque), en las crónicas y poesías medievales (J. Valdeón) y en las aspiraciones de los Trastámaras (L. Suárez). Esta vocación unitaria existía también en la Corona de Aragón, donde

se respetaba escrupulosamente la personalidad de los reinos integrantes (J. A. Sesma). La Monarquía Hispánica de los Reyes Católicos aglutinó los ideales unitarios de una España plural, en la que coexistían dos regímenes o estilos: el pactismo aragonés y el absolutismo regio (M. A. Ladero Quesada). La hegemonía española fomentará entre los españoles una conciencia europea de cristiandad, de imposible cumplimiento (Q. Aldea).

En el siglo XVIII se plantea, entre los modelos de España, un interesante nacionalismo ilustrado y cívico (R. García Cárcel), que unido al patriotismo que provoca la guerra de la Independencia (V. Palacio), se expresa en la soberanía popular y en la libertad constitucional durante las Cortes de Cádiz (M. Artola), y encuentra un sabio intérprete en Cánovas, historiador y estadista (C. Seco).

No podían faltar en el libro los contrapuntos de la unidad. Por eso resulta esclarecedor el capítulo dedicado a Portugal, cuyas inclinaciones unitarias, consumadas con Felipe II, sufren el «viraje» secesionista de 1640, reforzado con la geopolítica de las dos fronteras: la atlántica abierta a Ultramar, y la interna que acentuaba el aislamiento del resto de la Península (H. de la Torre).

El capítulo dedicado a los nacionalismos en el siglo XX (F. García de Cortázar) es un alegato dolorido, valiente y brillante que desenmascara los excesos totalitarios de los nacionalistas vascos y catalanes (p. 293).

El capítulo dedicado a la historia de España vista desde el presente sirve de colofón a toda la obra (G. Anes).

Es una delicia leer un libro en el que se hace un repaso de la historia de España, que sirve de meditación y deleite. Es un libro del pasado para el presente; una historia muy actual, cuando resuena el eco del plan Ibarretxe, y se habla de comunidades nacionales como recambio para las autonomías regionales en una anunciada revisión de la Constitución. ■

## La mujer en la sociedad y en la Iglesia

Juan Antonio Irazabal



GÓMEZ-ACEBO Isabel (Ed.)  
**Las mujeres en los orígenes del cristianismo**

Bilbao, 2005, Desclée de Brouwer,  
289 págs.

Los primeros siglos del cristianismo son de una importancia capital para la definición del papel de la mujer en la Iglesia y, en general, para la identidad femenina. Hasta ahora la interpretación de los textos primigenios ha sido llevada a cabo por varones, con sus inevitables desviaciones (ejemplo: Junia, llamada «apóstol» por S. Pablo, había sido presentada siempre como un varón). La

presente obra, que estudia problemas sociales y eclesiales hasta el siglo IV, reúne siete estudios en torno a la situación y funciones de la mujer.

En el primero, *El entorno socio-religioso del siglo I*, Isabel Gómez-Acebo muestra cómo el cristianismo apareció dentro de un mundo en el que se abrían nuevas posibilidades para la participación de las mujeres en la vida religiosa y social. Son conocidos hasta 21 casos de mujeres que ostentaron cargos en las sinagogas de la diáspora, una práctica muy alejada de las prescripciones rabínicas. Incluso en Palestina, las mujeres no estaban enclaustradas: acudían a las fiestas y no pocas fueron discípulas de Jesús; otras ofrecieron sacrificios en el Templo y formaron parte de la comunidad de Qumran. En Occidente, las posibilidades eran aún mayores: en Roma, el matrimonio constituía el único freno a la educación de las mujeres. ¿Qué opción tomaron las comunidades cristianas en ese contexto? A esta pregunta contestan los capítulos siguientes.

Esperanza Bautista describe la vida y la evolución de las *iglesias domésticas*: lugares de reunión de la comunidad, en las que se celebraba la fracción del pan y se practicaba la comunión de bienes. Los *Hechos* y las cartas paulinas y pospaulinas dan fe de la participación femenina en las primeras comunidades, de carácter más igualitario (Gal 3, 26-27) que patriarcal. Sin embargo, las

persecuciones y las leyes fueron empujando hacia la adopción de un nuevo modelo, el de los *collegia*, asociaciones de derecho privado que se basaban en la solidaridad de sus miembros. De esta manera, se pasó de la clandestinidad a la legalidad. Pero, al mismo tiempo, la «*casa de Dios*» experimentó un proceso de patriarcalización en el que perdieron protagonismo los laicos –varones y mujeres– en beneficio de las autoridades eclesiásticas.

En el capítulo titulado *Mujer y herejía en los orígenes del cristianismo (siglos I-III)*, Mar Marcos nos descubre una deriva iniciada en aquellos tiempos y que ha contribuido poderosamente a la marginación de las mujeres dentro de la Iglesia. El problema es que la herejía se fijaba sobre todo a partir de criterios morales y que la presencia de mujeres en el entorno del sospechoso de herejía constituía la prueba irrefutable de la misma. Según S. Jerónimo, todas las herejías se desarrollan en ambientes femeninos. Consecuencia: la participación de las mujeres en las funciones litúrgicas y en la vida de las comunidades quedó herida de muerte. Desde entonces se ha hablado de la «debilidad natural» de las mujeres, de la «fragilidad» y «ligereza» de su espíritu. La misoginia de ciertos Padres de la Iglesia es bien conocida. Como contrapartida, ahí está el importante papel (¿mito o realidad?) atribuido a las mujeres entre los gnósticos.

Partiendo de los relatos de martirio de mujeres (s. II), Amparo Pedregal llega hasta los tratados de virginidad (s. IV) y los relatos hagiográficos sobre las primeras ascetas del desierto. Todas estas narraciones tienen en común el tema de la superación de la condición

femenina por la renuncia a las funciones propias de su sexo, como son la gestación y la maternidad, hasta alcanzar la perfección de la *mulier virilis*, una metáfora que terminará siendo una trampa.

Cuando el proceso de recortes al papel de las mujeres en la Iglesia estaba ya muy avanzado, los relatos martiriales recuperaron la equiparación entre ambos sexos gracias a la dignidad que confería a todos el haber sido capaces de morir por su fe, una decisión que suponía, por parte de las mujeres, insumisión ante la propia familia y ante las autoridades civiles y la afirmación de su capacidad para ser consecuentes con sus decisiones hasta las últimas consecuencias. Es el tema que desarrolla Juana Torres en el capítulo que lleva por título *El protagonismo de las primeras mártires cristianas*.

Por su parte, Fernando Rivas se centra en las mujeres cristianas del Norte de África en el siglo III, a través principalmente de las actas del martirio de Perpetua y Felicidad, los escritos de Tertuliano, la obra de Cipriano de Cartago y otras actas martiriales. Las que permanecieron vírgenes fueron las más valoradas, y no se estuvo lejos de relacionar sexualidad, pecado y mujer.

Cierra el libro un capítulo sobre «La mujer en el Islam», escrito por la iraní Bahira Abdulatif. Advierte que los textos islámicos han sido estudiados y explicados por varones, lo cual explica su consiguiente carga de androcentrismo, e invita a centrarse en las raíces más profundas del Islam.

En resumen, unos datos que invitan a identificar el factor socio-cultural y a no confundirlo con el mensaje revelado. ■

### Profecía por historia en clave de novela

Jesús Sanjosé



LAHAYE, Tim

#### ***La profecía de Babilonia***

Madrid, 2005, MR ediciones, 341 págs.

Desde hace tiempo cualquier persona de una cierta cultura introducida en los estudios bíblicos o cualquier fiel católico que oye predicaciones dominicales, entiende que lo que se cuenta en la Biblia tiene una función básicamente salvífica y por ello requiere siempre de una interpretación. Todos hemos oído hablar de la clasificación de los libros

de la Biblia en históricos, didácticos y proféticos y entendemos que, si tomamos como histórico algo profético y aplicamos la metodología histórica con todo lo que lleva a la profecía, nos podemos encontrar con grandes dificultades de interpretación y sobre todo en una gran confusión.

Pues bien, ni esto ha sido siempre así en la tradición católica, ni algunas tradiciones de iglesias evangélicas han llegado en la actualidad a estos mismos planteamientos.

A menudo conocemos, sobre todo por el cine, la actuación de ciertas sectas evangélicas que tienden a hacer palpable la presencia del Espíritu en el mundo a través de hechos milagrosos, curaciones públicas espectaculares, etc., etc. A la fe se llega y ésta se acrecienta (para estas sectas) si se da la presencia de un Dios que irrumpe en la historia rompiendo el orden natural. Sin embargo, otro de los elementos, menos conocido para el público español, es el aspecto, también sectario, de la interpretación de la profecía como historia. Este aspecto consiste en afirmar que todo lo que dice la Biblia es histórico y, en este tiempo de espera de la segunda venida del Cristo, hay que escutar en

los datos históricos para encontrar rasgos que nos anticipen la segunda venida y que así nos coja mejor preparados.

Es importante tener en cuenta todo esto para contextualizar el libro presente. Su autor, Tim Lahaye, es un predicador evangelista apocalíptico que vende en Internet casi 50 títulos de libros, todos ellos relacionados con la profecía bíblica... Entre tan amplia colección hay de todo, desde "Biblias de estudio de profecías", en todas las modalidades de piel e imitación, hasta series de novelas con títulos tan sugerentes como "El poseído" o "La Marca", pasando por colecciones de sermones.

Dicho todo esto, el argumento de la presente novela tiene dos ejes: por una el de la actualidad y por otra el eje bíblico histórico.

El primer eje a su vez se divide, como no podía ser menos: por una parte **el del bien**, es decir el profesor e investigador evangelista que da clases de arqueología bíblica en una universidad americana, con gran éxito de alumnos y enfrentamientos y rencillas con el decano (¿trasunto idealizado del mismo autor?), y por otra **el del mal**, el grupo de "los siete" que se reúne en los lugares más variados para planificar y encargar a sus ejecutivos toda una serie de acciones encaminadas a apoderarse del mundo.

El eje bíblico va introduciendo en el relato la interpretación bíblica que Daniel hace del sueño de

Nabucodonosor, mezclado con el de la serpiente de Moisés. Este objeto, no sólo perdido, sino además dividido en tres trozos y mandado esconder en lugares diversos, va a ser el objeto de búsqueda de nuestro profesor.

El eje del mal, que lucha por apoderarse del control mundial, deja hacer a nuestro héroe con el fin de robarle el objeto troceado cuando éste lo encuentre. Una serie de personajes malos, muy malos, como Garra, llamado así por una especie de mano tijera o dedo sustituido por una cuchilla, o el director de un medio de comunicación que, utilizado al servicio del eje del mal, no se conmueve ante el asesinato de su propio hijo, y una serie de viajes a Oriente, llenos de aventuras, entre las que no faltan los atentados terroristas en el propio país, componente básico de cualquier intriga en la actualidad, completan el relato.

Confieso que desde hace mucho tiempo soy lector empedernido de novelas de acción e intriga, pero que no soporto la ciencia ficción. Por eso mi primera tentación fue dejar de lado la novela debido al episodio fantástico con el que comienza, máxime cuando el individuo que introduce la ficción se llama nada menos que Matusalén. No lo hice y la he leído entera... Y la conclusión principal, es de asombro y sobre todo de duda. Y es que no me explico qué tipo de sociedad es capaz de consumir un millón de ejemplares de esta novela, como dice una etiqueta insertada en la contraportada del libro. ■